

MARÍA LUNA ARGUDÍN*

Mary Shelley y la compañera Manon Roland

Mary Shelley and Manon Roland

Resumen

Mary W. Shelley escribió 50 historias de vida para *The Cabinet Cyclopædia*. Analizo en la biografía de Madame Roland la noción de biografía como un vehículo para divulgar “las causas de la libertad”: el republicanismo, el liberalismo y nuevos roles para las mujeres en el matrimonio y en la sociedad. Propongo que desarrolló distintas estrategias para sortear las resistencias de sus lectores y del mercado del libro.

Palabras clave: Biografía, biografía romántica, Mary Shelley, Madame Roland, feminismo

Abstract

Mary W. Shelley wrote over 50 life stories for *The Cabinet Cyclopædia*. I analyze in Madame Roland's biography the notion of biography as a vehicle for spreading “the causes of liberty”: republicanism, liberalism, and new roles of women in marriage and society. I propose that she developed different strategies to overcome the resistance of her readers and the book market.

Key words: Lives stories, biography, feminism, Mary Shelley, Madame Roland

Fuentes Humanísticas > Año 37 > Número 71 > II Semestre > julio-diciembre 2025 > pp. 23-38 > ISSN 0188-8900 > eISSN 2007 5618.

Fecha de recepción 09-09-2024 > Fecha de aceptación 09-01-2025

lunita_1981@yahoo.com > Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-3325-8238>

* Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Fuentes Humanísticas está bajo la licencia creative commons Atribución-No comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

*All biographies are autobiographies that dare
not speak their name.*

Anne K. Mellor

Introducción

Mary Wollstonecraft Shelley (1797-1851) entre 1833 y 1839 escribió cincuenta biografías para *The Cabinet Cyclopeadia*. Entonces era la reconocida autora de *Frankenstein* (1818), sólida cuentista que había publicado en anuarios femeninos y escrito varias novelas: *Valperga* (1823), *El último hombre* (1826), *La suerte de Perkin Warbeck: un romance* (1830). Mientras colaboraba para el *Gabinete dio a la imprenta otras dos novelas: Lodore* (1835) y *Falkner* (1837) y de manera póstuma se publicaría *Mathilda* (1959).

Era una mujer erudita, aunque nunca fue a la escuela. La única instrucción formal que recibió fue la de su maestro de música. Su padre, William Godwin, le proporcionó los conocimientos que requería un estudiante para ingresar a la universidad, en una época en que las mujeres no tenían acceso a la educación superior. Así, aprendió griego, latín, francés, filosofía, ciencias y literatura.

En 1822 tras la muerte de su esposo, Percy Bysshe Shelley, la joven escritora tuvo que aprender —como tantas mujeres sin marido— que para su bienestar y el del su único hijo, Percy Florence, sólo podía depender de sí misma. Estaba resuelta a vivir de su pluma. Al poco tiempo, su suegro, Sir Timothy, le propuso que a cambio de una pensión le entregará a su hijo, que tenía tres años, para que fuera educado por “tutores”. En la Inglaterra de la Regencia el escándalo público —y Mary

había protagonizado varios al fugarse con Percy y unirse ambos al grupo de “poetas satánicos”— cobraba un alto precio: la exclusión social y la pérdida de la custodia de los hijos. No obstante, la escritora logró un acuerdo con la familia Shelley: una pensión para ella y el niño, con la condición de que después devolviera el dinero (Flaherty, 2016, p. XXXIII). A cambio, ella se comprometió a retirar de la circulación la poesía que había publicado de Percy y a no dar a la imprenta ni las memorias ni ninguna otra obra del que fuera su marido mientras su suegro estuviese vivo (Flaherty, 2016, p. XXXV y Gerson, 2015, p. 187).

Pese a la pensión que percibía, los recursos siempre eran muy escasos y en 1832 resultaron insuficientes cuando Percy Florence ingresó al elitista internado de Harrow para hacer sus estudios de educación media superior. Mr. Whitton, abogado de Sir Timothy, fue claro: el financiamiento debía correr por cuenta de la madre, según informó a la escritora en su misiva del 6 de diciembre de 1831 (Marshall, 1889, p. 240).

The Cabinet Cyclopaedia

Bajo estas circunstancias debió haber sido una bendición lograr en 1833 un contrato —hoy perdido— con el reverendo Dionisio Lardner para colaborar en *The Cabinet Cyclopædia*,¹ aunque recibiría 200 libras anuales, una cantidad mucho menor

¹ El proyecto de Lardner lleva por título *Gabinete* porque mantuvo la tradición ilustrada de los gabinetes de curiosidades y porque sus editores imaginaban a la gente exhibiendo los volúmenes en gabinetes en sus casas (Jackson, Kennedy, Leiter y Vargo, s. f.).

que la que pagaron a Sir Walter Scott y a Thomas Moore, pero era un buen acuerdo si se compara con las 150 libras que obtuvo por su novela *Perkin Warbeck* (1830), que le había llevado tres años escribirla –explica Crook (2002).

El *Gabinete* se publicó en un mercado sumamente competido.² Para asegurar que llegara a un público amplio, Lardner –añade Crook (2002)– cuidó que sus colaboradores representaran un espectro político diverso: profesores benthamistas de la Universidad de Londres, destacados liberales como Jean Charles Leonard Sismondi, *tories* como Walter Scott, el poeta laureado Robert Southey y varios clérigos de la Iglesia de Inglaterra participaron. La única mujer colaboradora fue Mary W. Shelley.

Entre 1829 y 1846 el *Gabinete* publicó 133 volúmenes. Presentó dos importantes innovaciones: fue estructurado en nueve “gabinets” o áreas temáticas (Artes y Artes útiles, Biografía, Geografía, Historia, Historia Natural y Ciencias Naturales) –a diferencia de la organización alfabética de la *Encyclopaedia Britannica*– y se dirigió a un mercado emergente, las clases medias.

El prospecto que promovió su venta prometía –y los editores cumplieron– que saldría un volumen el día primero de cada mes. Su objetivo era promover el conocimiento de las artes y las ciencias, pretendía “despertar el gusto por la contemplación de las obras de la naturaleza y los resultados del arte”, el cultivo de la religión y la práctica de la virtud, reforzando así los valores burgueses victoria-

nos (Crook, 2002, p. XIX). Es probable que la obra se dirigiera fundamentalmente a las mujeres, pues contaría con vistosos grabados que exigían que los volúmenes se colocaran en las áreas tradicionalmente femeninas de los hogares: la sala de estar (*drawing room*) y el *boudoir* (Jackson *et al.*, s. f.).

Para Shelley el *Gabinete* fue mucho más que una fuente de ingresos. La escritora se impuso agotadoras jornadas de investigación y escritura para cumplir con el compromiso adquirido, pero fundamentalmente fue un espacio que le permitió experimentar con la biografía como género literario y promover su proyecto de transformación política y social.

El aprendizaje del género

Mary y Percy Shelley fueron testigos de la expansión del imperio napoleónico y de la restauración del absolutismo en Europa. Buscaron explicarse porqué la Revolución de 1789 desencadenó nuevos despotismos tanto en Gran Bretaña como en la Europa continental. Por eso estudiaron la obra de los padres de ella: *Justicia Política (An Enquiry Concerning Political Justice, and Its Influence on General Virtue and Happiness, 1793)* de William Godwin y *Una perspectiva política y moral de la Revolución Francesa* (1794) de Mary Wollstonecraft. Clemit (2003) ha precisado que en esta búsqueda leyeron también las biografías filosóficas de Godwin: *La vida de Chaucer* (1803) y las *Biografías de Edward y John Philips, sobrinos y discípulos de John Milton* (1815).

Clemit y Luria (2001) destacan que Mary Shelley tomó de su padre su concepción de la biografía. Godwin en su

² Para un estudio detallado sobre el mercado del libro en Inglaterra véase Jackson *et al.* (s. f.).

ensayo *Historia y novela (Of History and Romance, 1797)* favoreció la *historia individual*, que contribuye “al progreso al proporcionar un ámbito para el estudio de las complejidades de la vida mental” (p. 13). El filósofo vio en las historias de vida un vehículo para el cambio gradual en los ámbitos social y político mediante la transformación de las conciencias de los lectores. El potencial reformista de la biografía radicaba en su capacidad para representar al individuo en un contexto social, y los mejores sujetos para retratar eran los individuos que contribuyeron a la mejora moral y social de su época. Al demostrar cómo las fuerzas sociales actúan sobre los individuos y cómo ellos, a su vez, tuvieron un impacto en la sociedad —argumentó Godwin— la biografía tenía el poder de inspirar al lector con un espíritu de reforma análogo. Advirtió que no bastaba con retratar a un sujeto en la escena pública, sino que le hubiera gustado contar con un diario que le permitiera “seguirlo en su *closet*, verlo con sus amigos, como padre de familia... y como patriota” (p. 14). A estas orientaciones, Mary W. Shelley imprimió su sello propio: procuró retratar a los sujetos en todas sus facetas: en la intimidad y en la escena pública y de este modo se sumó a la historiografía que buscó *feminizar* este género discursivo.³

Desde niña Mary Godwin mostró su fascinación por la biografía y la historia. A

los diecisiete años comenzó una historia de vida del girondino Jean Baptise Louvet (texto hoy perdido), al morir Percy Shelley contribuyó con ensayos biográficos para la revista *El Liberal* y en 1829-1830 propuso a John Murray varios proyectos biográficos,⁴ que no interesaron al editor (Kucich, 2000, pp. 199-200).

Pronto se sumó a una corriente que estaba inconforme con —señala Kucich (2000) citando a Christina Crosby— la *verdad* que ofrecía la historia porque era “la verdad del hombre”, que excluía a las mujeres y a otros grupos marginados de la “vida histórica y política” (p. 200).

En la novela histórica *Valperga* Shelley jugó con la tensión entre historia y ficción, la historia como dominio masculino y la memoria como dominio femenino. La novela está basada en el personaje histórico Castruccio Castracani, un capitán célebre del siglo xiv que se unió a Uguccione Fagguola, jefe de los gibelinos de Toscana y sometió varias ciudades. Fue aliado del emperador Luis de Baviera contra el papa Juan XXII, de Roberto, rey de Nápoles, y de los florentinos —indica Shelley en su breve prefacio—. Los personajes Eutanasia, gobernante de la ciudad, y Beatriz, que establecen un triángulo amoroso con Castruccio, son de ficción. La novela termina con Castracani liberando a Eutanasia de la prisión y embarcándola rumbo a Sicilia, pero no llegó

³ Baste señalar que en las primeras décadas del siglo xix otras destacadas escritoras británicas como Mary Hays, Anna Jameson, Elizabeth Hamilton, Lucy Aikin y Elizabeth Benger desarrollaron una historiografía *protofeminista* o feminista temprana que buscaba recuperar la mirada de las mujeres (Kucich, 2000, 199-201).

⁴ Entre las biografías que propuso estaban la de Madame de Staël, la de la emperatriz Josefina, Colón, Mahoma, los Filósofos ingleses y Mujeres célebres. Asimismo, propuso historias de caballería, de las conquistas de México y Perú, de la literatura de la Edad Media y de la literatura de Inglaterra desde la reina Ana hasta la Revolución francesa (Kucich, 2000, pp. 199-200).

a su destino. “Nunca más se supo de ella; incluso su nombre pereció” (Shelley, 1823, 3, s. p.).

En la breve conclusión que ofrece la novela la autora explica que “las crónicas privadas” de las que tomó su relato (que son de ficción), terminan con la muerte de Eutanasia. Por lo tanto, sólo en la historia encontramos un relato de los últimos años de Castruccio. Destaca que las historias no recogen el dolor que sintió al enterarse de la muerte de “aquella a quien una vez había amado tiernamente”. En cambio, sabemos –añade– que su gloria y su poder se elevaron hasta superar a los de cualquier príncipe italiano. Luis de Baviera entró en Italia en el mes de febrero de 1327, fue investido con la corona de hierro en Milán y se convirtió en un gobernante tiránico e imprudente. Encontró a Castruccio, azote de los güelfos, el hombre más poderoso de Toscana y lo invistió como duque de Lucca (Shelley, 1823, 3, s. p.). Con este final la novelista sugiere las potencialidades de la ficción sobre las limitaciones de la historia.

Mientras escribía las biografías de los literatos italianos, concluyó la novela *Lodore* (1835). En ésta la escritora contrastó tres arquetipos femeninos. Cornelia, lady Lodore, personifica el orgullo, la terquedad y la vanidad, producto de la educación a la que estaban destinadas las mujeres. Lord Lodore, educa a su hija Ethel para que sea siempre dócil a su voluntad, vele por la felicidad de su marido y obedezca su voluntad. En contraste, su británica amiga Fanny Derham, es un ser humano completo en sí misma, independiente y autosuficiente. Una fue educada para ser dependiente, la otra aprendió a desdeñar todo juicio, excepto su propia

conciencia. La novela concluye con Ethel felizmente casada, mientras que Fanny aspira a ser útil a la sociedad se ha convertido en “una útil lección que enseña lo que la bondad y el genio pueden conseguir para paliar los males de la vida” (Shelley, 2016, p. 8).

Al escribir las biografías para el *Gabinete* Shelley se vio obligada a trabajar con las limitadas herramientas que la historia ofrece: su pretensión de decir verdad, la explicación construida con relaciones causales y contextuales y basada en el conocimiento histórico –aquel que se construye en el gabinete con información verificada de muy diversas fuentes, información que los sujetos que vivieron los acontecimientos no siempre pudieron conocer–.

Para Kucich (2000) el giro historiográfico de Shelley consiste en enfatizar las vidas interiores, o de los corazones, de sus sujetos. En sus primeras biografías para el *Gabinete* presenta a Petrarca, por ejemplo, como una “historia de su corazón” y a Boccaccio como una “historia” de sus “apegos” emocionales. Aunque Mary Shelley reconoce que Johnson ejerció una influencia formativa, sus biografías enfatizan las relaciones de amistad, el amor, la vida matrimonial y, en particular, los lazos familiares.

Las mujeres en el *Gabinete*

Las biografías que Shelley escribió responden a una clara posición política en favor del liberalismo. Las historias de vida de los literatos italianos muestran su simpatía por la causa republicana y una Italia unificada, en las españolas vio la lucha

entre el fanatismo católico y “el heroico espíritu español”. En los franceses ilustrados enfatizó su lucha en contra de la superstición y la iglesia católica.

El *Gabinete* incluye cuatro biografías de mujeres, muy posible por sugerencia de Shelley, lo que no es poca cosa porque como señala Morrison (2004) Lardner y sus colaboradores no incluyeron a una sola mujer en sus volúmenes dedicados a los personajes históricos, ni siquiera a Catalina la Grande.

El último volumen de los literatos italianos cierra con una mujer, Vittoria Colonna (1490-1547), pero Shelley se siente obligada a justificar su inclusión.

Darí a una idea muy incompleta del estado de la literatura italiana, o incluso de las vidas que llevaron los hombres cultos de aquellos tiempos, si se omitiera toda mención a las mujeres que se distinguieron en la literatura. Los italianos no despreciaban los logros femeninos. Allí donde el aprendizaje abstruso era una moda entre los hombres, se alegraban de encontrar en sus amigas del otro sexo, mentes educadas para compartir sus búsquedas y aplaudir su éxito (LI, 2, p. 75).⁵

En el primer volumen de los literatos franceses la escritora incluye la biografía de madame De Sévigné (1626-1696) y de nuevo justifica: “parece ridículo incluir el nombre de una mujer en la lista de ‘Hom-

bres literatos y científicos’”, más aún cuando no era escritora y sus “deliciosas cartas que han inmortalizado su ingenio, su sentido común y los cálidos afectos de su corazón”, fueron escritas para su hija (LF, 1, p. 214). Madame de Sévigné —argumenta Shelley— estaba a la altura de “los pensadores más profundos, los más virtuosos” de su época: Pascal, Rochefoucauld, Racine, Boileau. “Sus opiniones y sentimientos eran tan liberales e ilustrados como los de ellos; y eso es sin duda suficiente elogio para una mujer sin pretensiones...” (LF, 1, p. 248).

El último volumen en el que colaboró Shelley —escrito en 1839— cierra con las biografías de Manon Roland (1754-1793) y Germaine de Staël (1766-1817), que aborda desde una doble perspectiva: denuncia el despotismo de la época del terror y de la era napoleónica y discute el papel de las mujeres en la sociedad. Elige una pareja de opuestos. De Staël representa a la mujer independiente, intelectual, novelista reconocida y forjadora del liberalismo. En cambio, cuando Shelley escribe se recuerda a Roland —afirma Morrison (2004)— como la mujer que había muerto por mantener sus convicciones y se había convertido en “el símbolo de la excelencia femenina” (p. 133).

En la biografía de Roland —como se verá a continuación— recupera varias ideas que había ensayado previamente. Como Vittoria Colonna y las literatas renacentistas fue la compañera intelectual de su marido, como madame De Sévigné no pretendió ser una autora, pero estuvo a la altura de sus correligionarios girondinos, como su personaje Fanny Derham aspiró a ser útil a la sociedad, y Roland lo hizo al participar en la construcción de un nuevo estado durante la Revolución.

⁵ En este artículo las referencias a distintos volúmenes de la colección de “Eminent Literary and Scientific Men. Biography” se utilizan las abreviaturas que suelen usar los estudiosos de Mary Shelley. LI indica el tomo de Literatos Italianos y LF para los Literatos franceses, seguido por el número de volumen y página.

La compañera Roland

En el primer párrafo Shelley indica la tesis que organiza esta biografía: las memorias de madame Roland “enseñan a las mujeres cómo ser grandes, sin renunciar ni a los deberes ni a los encantos de su sexo y brinda a los hombres un ejemplo de excelencia femenina, que pueden tener la confianza que, si se dedican a tareas útiles y heroicas, encontrarán compañeras en el otro sexo para sostenerles en sus trabajos y compartir su destino” (LF, 2, p. 260).

La biógrafa advierte a sus lectores que su principal fuente –aunque no única– es la autobiografía de Manon Roland a la que remite para conocer mayores detalles escritos con “una pluma brillante”.⁶

Conforme a la tradición anglosajona –siguiendo en particular a Johnson y a Godwin– sostiene que el rasgo definitorio del género biográfico es revelar el carácter del sujeto, por lo que es indispensable conocer sus orígenes sociales, formación temprana, y Shelley añade la educación de la mujer, en un país caracterizado “por la frivolidad y la ostentación” como era la Francia del siglo XVIII.

Manon Philipon era de origen burgués, incluso humilde, aunque respetable. Su padre era un grabador que en su taller tenía a varios obreros a sus órdenes. Su madre era refinada, piadosa y tenía un gran sentido del deber. Manon fue la segunda de siete hijos, pero la única que sobrevivió a la infancia.

La familia vivía con toda la sencillez propia de un pequeño comerciante. La

burguesía de París –según Shelley– era una clase notable: detestaba y despreciaba el libertinaje de la nobleza y el servilismo de sus parásitos, mientras que se consideraba muy por encima de la brutal ignorancia y libertinaje del populacho. En contraste, las mujeres pequeñoburguesas llevaban una vida laboriosa y solitaria (LF, 2, p. 262).

La niñez y adolescencia de Manon recuerdan las de Shelley. Fue una niña autodidacta, que prefería las obras filosóficas y con su lectura amplió sus ideas, se formó sus opiniones y rígidas reglas morales. A los nueve años Manon –como las heroínas de las novelas de Shelley– se entusiasmó con la lectura de Plutarco y sus *Vidas paralelas*, admiró las repúblicas de la Antigüedad clásica en las que florecía la virtud, estaba convencida de que la libertad era la madre de los héroes. Desde tan temprana edad “bebió del republicanismo” (LF, 2, p. 262). Aspiró a seguir el ejemplo de los grandes, virtuosos, generosos y sabios griegos clásicos. A los veintiún años leyó *Julie o la Nueva Eloísa* de Jean Jacques Rousseau, obra que Shelley en su biografía de Rousseau calificó como “llena de nobles sentimientos y moralidad”, la biógrafa incluso afirma que Roland se recuperó de la muerte de su madre después de leer esta obra. Morrison (2004) indica que Shelley enfatiza las lecturas que hizo Roland porque le permitieron emanciparse de muchas de las restricciones impuestas a las mujeres de su época (pp. 131, 141).

En una breve estancia en Versalles conoció la corte. “¡Cuán diferentes eran las pretensiones impertinentes de estas mujeres tontas, y la pompa mísera de la realeza, de la majestuosidad de los ensueños de los héroes y filósofos de antaño!”

⁶ Es de advertirse que Shelley consultó la edición de 1795 de las memorias de Roland, el texto completo se publicaría hasta 1864.

Su alma —señala la biógrafa— rechazó las distinciones de rango, vacías en sí mismas y degradantes para ella. “Suspiré —escribió en sus *Memorias*— al pensar en Atenas, donde habría podido admirar las bellas artes, sin sentirme herida por el espectáculo del despotismo” (LF, 2, p. 264).

Manon tuvo numerosos pretendientes, que uno tras otro, rechazó. Aceptó a un hombre 20 años mayor que ella, Jean Marie Roland, porque su buena cuna en el Antiguo Régimen era un bien tangible, al que ella no fue insensible. En 1780 celebró su boda con una idea tradicional de la institución:

Si el matrimonio era, como yo pensaba, una unión austera, una asociación en la que la mujer suele cargar con la felicidad de dos individuos, era mejor que yo ejerciera mis habilidades y mi valor en una tarea tan honorable (LF, 2, p. 270).

Consciente de que describe una sociedad con sistemas parentales y códigos distintos a los suyos, la biógrafa observa que los apartados más divertidos de las memorias de Roland son en los que narra el rechazo a los pretendientes, pues brindan un vívido retrato del sistema matrimonial francés (LF, 2, p. 266).

De temperamento apasionado y ardiente, Manon estaba resuelta a “encontrar su felicidad en el cumplimiento de su deber [...]”. Fue amiga, compañera y amanuense de su esposo; temerosa de las tentaciones del mundo, se entregó al trabajo; pronto se hizo necesaria a su marido “su servidumbre estaba así sellada; de vez en cuando le causaba suspiros; pero el santo sentido del deber la recon-

ciliaba con todos los inconvenientes”. El matrimonio estableció su residencia cerca de Lyon. Madame Roland tuvo una hija única, para “hacer feliz a su marido; difundir el encanto de la paz y el amor”. Al tiempo que se propuso “ser útil a su campesinado” y mitigar sus penurias (LF, 2, p. 271).

La Revolución de 1789 interrumpió su apacible vida provinciana. “De repente, de la antigua injusticia y tiranía, de entre las grandes miserias e intolerables opresiones por las que gemía su país, surgió el espíritu de justicia, de reparación y de libertad. ¡Con qué alegría saludó su alma estas esperanzas!” (LF, 2, p. 271).

La biógrafa entrelaza la participación política del matrimonio Roland con el acontecer revolucionario, siguiendo así las convenciones del género biográfico —tal y como lo habían desarrollado Samuel Johnson, su discípulo James Boswell y Walter Scott—. En otras palabras, traza el carácter del sujeto que ilustra con anécdotas personales para después desplazarse a los acontecimientos públicos en un esfuerzo por demostrar cómo el carácter y las elecciones personales conforman la vida y a la vez se ven condicionados por el flujo de la historia.

En 1789 Roland fue electo concejal de Lyon y comisionado para informar a la Asamblea Nacional sobre los abusos en la administración de las finanzas y la paralización de la industria. El matrimonio permaneció siete meses en París, un periodo “de acontecimientos preñados del destino de Francia” —afirma Shelley y explica que— Madame Roland era “partidaria acérrima de la libertad y de la igualdad, se lamentaba de la tibieza de la Asamblea Nacional”, en particular de los

moderados que querían establecer en Francia una monarquía constitucional a la manera inglesa. Ella que era republicana –como Shelley– aplaudió que los jacobinos trataran de impedirlo agitando al pueblo (LF, 2, p. 274).

La fuga del rey la llenó de alarma. “Mientras estuvimos en paz –escribió– me mantuve en un segundo plano, y ejercí sólo la clase de influencia adecuada a mi sexo”; pero, cuando la partida del rey declaró la guerra, me pareció que cada uno debía entregarse sin reservas”. Consideraba que enjuiciar a Luis XVI “era la mayor y más justa de las medidas”. Shelley interrumpe el relato para recordar al lector que la biografía se escribe desde el futuro del pasado: Poco podía anticipar el desarrollo de los acontecimientos, “juzgamos a Luis XVI a partir de los hechos, tal y como la historia los registra: entonces, cuando los acontecimientos se sucedían, nadie podía juzgar con justicia al otro”. Los franceses esperaban una invasión y el monarca al fugarse había roto el juramento que había prestado de mantener la constitución. Madame Roland se puso del lado de aquellos que consideraban que destronarlo garantizaba la seguridad de Francia, y la erección de una república era promesa de su bienestar. “He visto –escribe– la llama de la libertad encendida en mi país; no puede apagarse”. Los tumultos que siguieron parecieron aplastar estas esperanzas. Brissot cayó en descrédito: se intentó desaparecer al partido republicano. Mientras tanto, la misión de Roland concluyó por lo que el matrimonio regresó a la campaña.

Manon estaba abatida y a su marido le hacía falta la vida pública. Ella se impuso “permanecer cerca de él para diver-

tirle y diversificar sus trabajos diarios, según un deber y un hábito que no pueden eludirse”. Ella quería ser grande, no por las riquezas, ni siquiera por el poder, sino para poder ejercitar aquellas virtudes que, alimentadas en la soledad y excitadas por acontecimientos importantes, inflamaban su corazón hasta el entusiasmo. Deseaba ser grande como los héroes de Plutarco, que su vida fuese útil y que su nombre se incluyera entre los que la historia registraría como los padres de la libertad de su país (LF, 2, p. 276).

En diciembre de 1791 el matrimonio Roland volvió a París. Pronto se asoció a Jacques Pierre Brissot, jefe de los girondinos; su casa se convirtió en el punto de encuentro del partido. Fue mediante la acción política que Manon y su marido desarrollaron una nueva relación de compañerismo y respetuosa complementariedad. Shelley reproduce el retrato que Thiers ofreció en su *Historia de la Revolución Francesa*: “Madame Roland tenía una estrecha amistad con su marido, escribía para él, le comunicaba su vivacidad y su ardor, que supo transmitir a todos los girondinos”. Estos eran “entusiastas de la causa de la libertad y de la filosofía, adoraban en ella [Manon] la belleza, el talento y sus opiniones” (LF, 2, p. 273).

Shelley destaca la “modestia” de esta mujer que trató de ocultar la influencia que ejercía sobre los girondinos. Cuando se reunían en su casa guardaba silencio. “Conocía el papel propio de mi sexo y nunca lo sobrepasé”. Las juntas se llevaban a cabo en su presencia, pero no participaba en ellas. “Me sentaba en una mesa aparte, fuera del círculo de los hombres, y siempre tenía algún trabajo en mis manos o escribía cartas mientras ellos hablaban”

(LF, 2, p. 274). Esta reserva hizo que sus amigos hablaran de ella con respeto y, sin embargo, discutieran con ella sus opiniones en privado –explica la biógrafa–.

A partir de que Roland fue nombrado ministro del Interior en marzo de 1792, la pareja discutió el espíritu de los textos y ella tomó la pluma. “Yo expresaba mejor que él todo lo que había hecho o prometido hacer”. Manon en sus *Memorias* precisó: “puse en sus escritos esa mezcla de energía y dulzura, de autoridad y persuasión, que es peculiar de una mujer de corazón cálido y cabeza clara” (LF, 2, p. 279). En términos contemporáneos puede afirmarse que desarrollaron una escritura colaborativa.

A medida que las tensiones entre Luis XVI y los revolucionarios se agudizaron, creyeron que el rey y el partido monarquista pronto invadirán el país con tropas extranjeras. El matrimonio consultó a Charles Barbaroux y a Joseph Servan si era posible fundar una república en el sur de Francia, en caso de que la monarquía triunfara en el norte, esta consulta a la postre la llevaría a la guillotina.

Tras el asalto al palacio de las Tullerías por los jacobinos y los *sans culottes*, el monarca fue encarcelado con su familia el 10 de agosto de 1793. La Asamblea Nacional invitó a Roland a que reasumiera el ministerio. Era tan conocida la influencia que Manon ejercía sobre su marido que Jean Paul Marat dijo: “Mejor invitamos a madame; ella es la verdadera ministra”. La acusaron de utilizar todas las artes femeninas para asegurarse partidarios. Eran calumnias –asegura la escritora– (LF, 2, p. 281).

Para pintar al sujeto en todas sus facetas Shelley consigna un rumor que afirma que Manon por primera vez co-

noció “las agitaciones y la miseria de la pasión”. Su amante habría sido Barbaroux, a quien llamaban Antinöus por su belleza, “era un hombre lleno de coraje, ardor y de sueños republicanos” (LF, 2, 286). “La biógrafa hace notar que Roland en sus *Memorias* consignó que era un amigo, pero en otras partes del mismo texto menciona las luchas internas por la pasión amorosa. Estas aparentes inconsistencias podrían deberse a que Shelley confundió el nombre del amante.⁷ Más interesante es la conclusión a la que llega: “Esta pasión estaba allí, con su desesperanza y miseria, para elevarla muy encima del miedo a la prisión o a la muerte” (LF, 2, p. 287). De modo que la valentía que mostraría Manon se debió a su carácter fortalecido por la pasión amorosa.

Durante “las espantosas masacres de los días 2 y 3 de septiembre” de 1792 –ejecuciones masivas de prisioneros en las cárceles para acabar con los “contrarrevolucionarios”– Roland escribió a la Asamblea denunciando “los crímenes contra el pueblo”. El 23 de septiembre presentó su renuncia con un informe sobre el estado de la capital y de Francia. La Asamblea, sin embargo, le pidió que se mantuviera en el cargo, mientras que Georges Jacques Danton, portavoz de la Montaña, se quejó de que el ministro fuera gobernado por su esposa. Roland respondió:

⁷ Morrison (2004) aclara que se trata de un error de Shelley, el amante de Roland no fue Barbaroux, sino que pudo ser François Leonard Buzot (p. 141). La misma estudiosa argumenta que Shelley se inclina por negar la infidelidad marital de Roland. Yo sostengo lo contrario, en esta breve mención Shelley parece creer el rumor.

Puesto que se me calumnia, puesto que estoy amenazado por peligros, y puesto que la Convención parece desearlo, permanezco. Es glorioso –añadió aludiendo a su esposa– que mi alianza con el valor y la virtud sea el único reproche que se me hace (LF, 2, p. 283).

Shelley no escatima adjetivos para denunciar la nueva tiranía. La ejecución de Luis XVI demostró a Roland que era inútil “resistir a los hombres que impregnaban su país de sangre y crimen”; pero entendió “la imposibilidad de detener la marea del mal”. Dimitió el 23 de enero de 1793. Publicó sus cuentas, que le exoneraban de las calumnias, pero sus enemigos se negaron a sancionarlas con un informe. Mientras tanto, el avance de los ejércitos extranjeros sumió a la nación en el terror, por lo que los ciudadanos confiaron en los demagogos –los jacobinos– que prometían la victoria a costa de la vida de todos los ciudadanos que se les opusieran. La lucha entre las facciones revolucionarias continuó durante varios meses, hasta que los jacobinos se impusieron y dictaron un decreto de arresto contra 22 girondinos. Algunos se rindieron para mostrar su obediencia a la ley. Otros huyeron para organizar la resistencia de los departamentos “a los tiranos de la capital” (LF, 2, p. 284).

Hacía tiempo que madame Roland esperaba ser aprehendida. Dormía con una pistola bajo la almohada porque temía que la muchedumbre entrara en su casa “y pensaba librarse del ultraje con la muerte” (LF, 2, p. 285). El 31 de mayo llegaron unos hombres con una orden de arresto contra su esposo. Con el rostro cubierto por un velo Manon se dirigió a la Convención. Los centinelas le impidieron

la entrada. Entregó una carta para el presidente, pero el alboroto que reinaba en la asamblea y la falta de resolución de sus amigos impidieron que fuera leída. Consultó a Roland que estaba escondido. Regresó a la asamblea. Eran las diez de la noche cuando llegó a la plaza del Carrusel, vio fuerzas armadas y cañones en la puerta del Palacio Nacional, la asamblea ya no estaba reunida. Regresó a su casa. Roland estaba a salvo, ella decidió quedarse para afrontar su destino.

La biógrafa narra la aprehensión de Manon y su vida de prisionera en un *crescendo* que revelan su dignidad. Una segunda línea narrativa se descubre al pintar las emociones de Manon como reflejo del ambiente emocional que privaba en la época de terror.

Primero fue encerrada en la prisión de la abadía. El 24 de junio fue conducida a otra prisión. “Los prisioneros eran de la clase más baja e infame de ambos sexos”. En las celdas vecinas estaban encerradas “mujeres de esa clase que ha perdido la decencia y la vergüenza”. “¿No tenía mis libros y mi tiempo libre? –escribió Manon– ¿ya no era yo misma?” (LF, 2, p. 288). Shelley afirma que la prisionera se educó a sí misma en la fortaleza y la paz interior. Fue entonces cuando comenzó a redactar sus memorias: *Appel à l'impartiale postérité*, título que se debe al editor y no a Roland. “Al principio casi olvidaba el dolor mientras escribía; pero los horrores que estaban ocurriendo, las masacres, las ejecuciones en la guillotina y los sufrimientos de su país” cada vez fueron más oscuros. No siempre pudo mantener la calma “separada de su hija y de todo lo que más amaba, oyendo sólo hablar de angustia y tiranía, a veces se sentía abrumada por el dolor” (LF, 2, p. 289).

Los jacobinos promulgaron un decreto para juzgar a los 22 diputados acusados. La prisión se llenó con sus amigos, que uno tras otro fue conducido a la guillotina. Escribió cartas a los hombres en el poder para ser liberada, ya que, aún no había sido acusada de algún crimen. Pensó en el suicidio. A principios de octubre escribió en su diario:

Hace dos meses aspiraba al honor de subir al cadalso. Aún se permitía hablar a las víctimas, y la energía de un gran valor podría haber servido a la verdad. Ahora todo está perdido: vivir es someterse vilmente a un gobierno feroz, y darle la oportunidad de cometer nuevas atrocidades (LF, 2, p. 289).

Se despidió de su marido, de su hija, de su fiel criado, de sus amigos; del sol, "del país solitario donde había vivido en paz". Pensaba que pronto de reuniría con la Esencia [divina] y con ello en mente "escribió instrucciones para la educación de su Eudora, y una carta, en la que le pide a su hija que recuerde a su madre" (LF, 2, p. 289).

Los adjetivos y las breves anécdotas no le son suficientes a la biógrafa para condenar al gobierno de la Convención, por lo que Shelley describe el sistema judicial desde el punto de vista de la víctima. El acta de acusación contra los principales girondinos, entre los que se encontraba Manon, y su postergado interrogatorio ante el tribunal revolucionario, le hicieron desear el propósito de encarar a sus asesinos. Sus amigos, uno tras otro, sufrieron un juicio que resultó una burla (LF, 2, p. 290).

Para asegurar la empatía de sus lectoras Shelley cierra el relato de las penurias refiriéndose a su ser más querido. "La ternura y la grandeza de su mente se manifestaron de la manera más conmovedora", sus pensamientos se concentraron en su hija; y de nuevo escribió a la persona que la cuidaba "con pocas y sencillas, pero fuertes palabras, concebidas con toda la energía del amor maternal" (LF, 2, p. 290).

El 31 de octubre fue ejecutado Brissot y Manon trasladada a la *Conciergerie*, una prisión abarrotada. Al día siguiente inició su interrogatorio que se prolongó por varios días. Ella escribió su defensa, que no se le permitió pronunciar. Fue sentenciada a muerte por ser cómplice de una "conspiración contra la unidad y la indivisibilidad de la república, la libertad y la seguridad del pueblo francés" (LF, 2, p. 291).

El 10 de noviembre de 1793 fue al cadalso vestida de blanco. "Conservó hasta el final su valor y su serena y gentil dignidad" (LF, 2, p. 293). Murió a los 39 años de edad. Su marido que estaba a salvo en Rún cuando se enteró de la muerte de su esposa, se quitó la vida.

En esta biografía Shelley sustenta una tesis explícita: las mujeres pueden ser compañeras de sus maridos, incluso en el ámbito que les estaba especialmente vedado: la acción política. A modo de conclusión sugiere la posibilidad de que el compañerismo marital se fundamente en lo que hoy llamamos nuevas masculinidades, pues Manon encontró como principal obstáculo los prejuicios sociales de "los hombres de mente débil", incapaces de reconocer a los "seres superiores del otro sexo" (LF, 2, p. 293). Tenemos la convicción —afirma la escritora— de que,

si su marido hubiera deseado que no se mezclara en sus deliberaciones y trabajos, ella habría cedido; pero su entusiasmo y su ayuda fueron “la recompensa de su conducta recta y varonil (LF, 2, p. 294).

No debe perderse de vista que Shelley depende económicamente de las ventas de los volúmenes del *Gabinete de Lardner*. Es una autora que conoce bien las expectativas de sus lectores, al mercado del libro y sus restricciones. En 1839 es atrevida su tesis inicial que afirma que las mujeres pueden ser compañeras de sus maridos, incluso en la acción política, y sus conclusiones que indican que madame Roland fue víctima de “los hombres de mente débil”, pero se cuida de reafirmar rol tradicional femenino al proponer que Roland sirve de ejemplo para “enseñar a las mujeres a ser grandes, sin renunciar ni a los deberes ni a los encantos de su sexo”. Autora inteligente y probablemente para disminuir las resistencias del público hace un guiño sutil al dirigirse al público masculino, y no a sus lectoras mujeres.

A manera de conclusión

En la historia de vida de Manon Roland se advierten resonancias y paralelismos con la vida de Mary W. Shelley. Ambas eran de origen protestante y pequeño burgués, resentidas por el desdén de la aristocracia, al tiempo que despreciaron la ignorancia de las clases marginadas. Lectoras voraces y autodidactas empedernidas, encontraron en la vida un compañero del que fueron sus copistas, después interlocutoras, con ellos ensayaron una escritura colaborativa y, por muy distintos motivos, serían reconocidas como autoras por derecho propio.

La tesis que sostiene esta biografía no solo se nutre de su experiencia de vida, sino que –según han propuesto algunos estudiosos– Shelley recuperó los argumentos de su madre, Mary Wollstonecraft, autora de *Vindicación de los derechos de la mujer* (*A Vindication of the Rights of Woman*, 1792). En ese ensayo argumentó que no quería que las mujeres tuvieran poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas. Sostuvo que las mujeres debían luchar por gozar de los mismos derechos que gozaban los hombres y afirmó que las deficiencias femeninas eran “consecuencia natural de su educación y de su situación en la sociedad” (Patten, 2007). En la historia de vida de Madame Roland, Shelley recuperó en particular la idea de que ambos sexos se benefician mutuamente al establecer una relación de compañerismo en el matrimonio.

En el apartado “El aprendizaje del género” se ha señalado que Mary W. Shelley siguió las convenciones del género: trazó el carácter con anécdotas personales para después desplazarse a los acontecimientos públicos en un esfuerzo por demostrar cómo el carácter y las elecciones personales conforman la vida y a la vez se ven condicionados y condicionan el acontecer. Recuperó de su padre la noción de biografía como un vehículo para el cambio gradual en los ámbitos social y político mediante la transformación de las conciencias de los lectores.

Entusiasta “de la causa de la libertad”, la escritora era republicana como su padre, había simpatizado con la independencia de Grecia y con los movimientos tempranos en favor de la unificación de Italia. Al inicio del decenio de 1820 colaboró con la revista *The Liberal* dirigida por Leigh Hunt –aunque planeada con Lord

Byron y Percy Shelley— que contribuiría a forjar lo que una década después se conocería como doctrina liberal. Desde este horizonte político, Shelley en su biografía de Madame Roland usó distintas estrategias narrativas para conmover al lector en su rechazo al autoritarismo de la época de terror.

Participó en dos debates en torno al género. Con su novela *Valperga* (1823) propuso que el campo de la historia estaba dominado por los hombres mientras que la memoria era dominio de las mujeres. De este modo, se sumó al ambiente intelectual y a las inquietudes que imperaba entre las protofeministas que criticaban al género biográfico porque a menudo se centraba en “hechos y fechas, y acontecimientos”, sin abordar la esencia de la historia: las “angustias secretas y ansiedades” del individuo, los “registros de sufrimiento y sentimientos” que hablan con mayor fuerza “a nuestra simpatía”. Elizabeth Benger, contemporánea de Shelley, propuso escribir “la historia del individuo” en la “vida doméstica”, en lugar de relatar las acciones públicas de “guerreros y aventureros” (Citada por Kucich, 2000, p. 204).

Al integrar las biografías de cuatro mujeres en el *Gabinete*, Shelley se sumó al debate del decenio de 1830 en el que las escritoras estimularon el debate público sobre la educación femenina y el papel de la mujer en el matrimonio (Grogan, 2010, pp. 77-78). Se integró así a la búsqueda de empoderar a las mujeres mediante este género literario, tarea que inició Mary Hays, amiga de Mary Wollstonecraft, con su *Biografías de Mujeres* (*Female Biography; or Memories of Illustrious and Celebrated Women*, 1803).

En su historia de vida de Manon Ro-

land destaca que la biografiada tenía una idea tradicional de la institución por lo que estaba resuelta a “encontrar su felicidad en el cumplimiento de su deber [...]” se hizo necesaria a su marido “su servidumbre estaba así sellada; de vez en cuando le causaba suspiros; pero el santo sentido del deber la reconciliaba con todos los inconvenientes”. Consideraba la maternidad como otro deber conyugal: Roland tuvo una hija única, para “hacer feliz a su marido; difundir el encanto de la paz y el amor” (LF, 2, p. 271). Por estos motivos Morrison (2004) afirma que en la biografía de Shelley la participación política de Manon fue una mera extensión de sus obligaciones como esposa, sin por ello ignorar su deseo de ser grande como sus héroes clásicos (p. 140).

En la novela *Lodore* esbozó su aspiración a una nueva mujer, pero es difícil precisar cuál sería su ideal del papel femenino en el matrimonio en el decenio de 1830. En la biografía de Manon Roland se aprecia la autocensura y los límites que imponía el mercado del libro de la época, pero no deja de ser significativo que se refiera al matrimonio como una servidumbre y que exalte a Roland como una nueva y posible masculinidad.

Al concluir su colaboración con *Cabinet Cyclopaedia* la escritora dedicó su vida a la edición de los textos de P. B. Shelley y a cultivar la memoria del que fuera su marido, por encima de construir su propia imagen pública. Gracias a los esfuerzos de Betty T. Bennett y sus colaboradores en los decenios de 1980 y 1990 y después, gracias al equipo dirigido por Nora Crook, al cierre del siglo xx fue posible estudiar las obras completas de la escritora. No obstante, las biografías que escribió continúan siendo un terreno muy poco ex-

plorado. Espero que estas páginas sirvan de una humilde contribución para despertar el interés en estos textos.

Referencias

- Clemit, P. (2003). *Frankenstein, Matilda, and the Legacies of Godwin and Wollstonecraft*. En E. H. Schor (Ed.), *The Cambridge Companion to Mary Shelley* (pp. 26-44). Cambridge University Press.
- Clemit, P. (3 de marzo de 2015). On William Godwin and Leisure of Cultivated Understanding. *Idler*. <https://www.idler.co.uk/article/a-birthday-tribute-william-godwin-and-the-leisure-of-a-cultivated-understanding/>
- Clemit, P. & Luria, G. (2001). Introduction. En Godwin, W. *Memoir of the author of vindication of the rights of women* (pp. 11-35). Broadview Literary Text.
- Crook, N. (2002). General Editor's Introduction. En *Mary Shelley's Literary Lives* (Vol. 1) (pp. XIII-XXXVI). Pickering & Chatto. <https://doi.org/10.7202/013595ar>
- Flaherty, M. (2016). Biography of Mary Shelley. V. Brackett (Ed.), *Mary Shelley. Critical insights* (pp. XXX-XXXVII). Salem Press/EBSCO.
- Gerson, N. (2015). *Daughter of Earth and Water. A biography of Mary Wollstonecraft Shelley*. Endeavour Press.
- Grogan, S. (2010). "Playing the Princess": Flora Tristan, Performance, and Female Moral Authority during the July Monarchy. En J. Margadant (Ed.), *The New Biography: Performing Femininity in Nineteenth-Century France* (pp. 72-98). University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520935310-005>
- Jackson, J., Kennedy, J., Leiter, D. y Vargo, L. (Eds.) (s. f.) *Mary Shelley's Lives*, University of Saskatchewan. <https://drc.usask.ca/projects/lives/lardner.php>
- Kucich, G. (2000). *Mary Shelley's Lives and the Reengendering of History*. En Bennett, B. y Curran, S. (Eds.). *Mary Shelley in Her Times* (pp. 198-213). Johns Hopkins University Press.
- Marshall, J. (1889). *The Life and Letters of Mary Wollstonecraft Shelley* (Vol. 2). Richard Bentley & Son. <https://www.gutenberg.org/cache/epub/37956/pg37956-images.html>
- Morrison, L. (2004). Writing the Self in Others' Lives: Mary Shelley's Biographies of Madame Roland and Madame de Staël. *Keats-Shelley Journal* 53, 127-51. <https://www.jstor.org/stable/30210532>
- Patten, V. (2007). *Mary Wollstonecraft (1759-1797)*. Chawton House Library and Study Centre for Early Women's Writing-Southampton University. <https://web.archive.org/web/20060617103818/http://chawton.org/biography.php?AuthorID=26>
- Shely, C. (2016). Creations Born of Chaos: The Historical and Cultural Context of Mary Shelley's Novels. En V. Brackett (Ed.), *Critical Insights: Shelley, Mary* (pp. 3-8). Salem Press. [ci_shelley_samplepgs\[1\].pdf](https://www.salem-press.com/samplepages/shelley_samplepgs[1].pdf)
- Shelley, M. W. Madame Roland. En Jackson, J., Kennedy, J., Leiter, D. y Vargo, L. (Eds.) (s. f.) con la colaboración de Craig Harkema, *Mary Shelley's Lives* (pp. 260-294). University of Saskatchewan. <https://drc.usask.ca/projects/lives/lardner.php>

Shelley, M. W. (1823). *Valperga or, The Life and Adventures of Castruccio, Prince of Lucca* (Vol. 3). G. and W. B. Whittaker. <https://www.gutenberg.org/cache/epub/63339/pg63339-images.html>

Shelley, M. W. (1835). *Lodore* (Vol. 3). Richard Bentley. <https://www.gutenberg.org/cache/epub/64557/pg64557-images.html>